

Sobre las nubes

Leire Verdugo Perriáñez

1º Finalista IV Certamen de Relatos Breves 'Historias de Vida'

La borrasca llegó sin previo aviso. No estabas preparada para tal aguacero; sin chubasquero ni paraguas para protegerte, únicamente podías sentir cómo la descarga te calaba hasta lo más profundo del alma. Sin embargo, tu madre, recién diagnosticada, optó por refugiarse en una cabaña con chimenea y ver la lluvia desde la ventana, con la fe ciega de que el diluvio cesaría en algún instante.

Se adentró en un torbellino de nuevas experiencias con cada tratamiento. Equiparaba la quimioterapia con una tormenta eléctrica. No comprendías de dónde sacaba la fuerza para continuar en pie cuando los rayos procedentes de la ciclogénesis la atravesaban sin compasión. La cirugía impactó como un meteorito sobre su pecho, dejando una insondable cicatriz marcada en su piel, la cual aprendió a querer. Y la radioterapia posterior, asemejándose a una severa insolación, dibujó en su torso una extensa galaxia de manchas. Los efectos se iban acumulando como la nieve en un puerto de montaña un frío día de invierno, pero ella, incombustible, albergaba en su interior un volcán dormido a punto de despertar.

Respecto a ti, la niebla que abrazaba tus pensamientos decidió volverse perenne ensombreciendo tu capacidad de resiliencia. Sin posibilidad de salir de casa en aquellos días grises del año dos mil veinte, necesitabas abrir la ventana con frecuencia para tomar soplos de aire fresco en los momentos en los que la atmósfera de tu raciocinio te asfixiaba sin compasión. La situación te superaba, pero no podías permitir que te viera flaquear. Te convertiste en un satélite, orbitando a su alrededor para que siempre estuviera acompañada y protegida.

El paso de los meses dejó tras de sí un sinfín de aprendizajes. Ella volvió a irradiar energía por cada uno de sus poros, cantaba a pleno pulmón y sonreía incluso cuando el rocío de la mañana la hacía tiritar. La entereza, el coraje y el sosiego que mantuvo durante todo el proceso ejercieron de brisa fresca en plena ola de calor, otorgándole paz y espantando los malos pensamientos. No fuiste consciente de la gran cantidad de enseñanzas que adquiriste, al menos en ese momento.



Después de la tempestad, la calma llegó, pero no por mucho tiempo.

Siempre has sido una chica muy implicada en tu trabajo. Como fisioterapeuta vocacional, sabes la importancia que tiene brindar a las personas con problemas de salud un apoyo sobre el que mantenerse, evitando que caigan cuando el temporal acecha. ¿Estarías preparada para ser tú la que necesitara sostén al llegar la inestabilidad?

En mayo del año pasado, un lunes cualquiera de primavera, sentiste de nuevo que te faltaba el aire. Dos semanas después te hallabas ingresada en la UCI de un hospital con un millar de cables conectados a tu cuerpo. Pasaste de tener una vida normal a ser diagnosticada de linfoma, escasos veintidós días tras la aparición del primer síntoma. Permanecías indefensa, ahora también en la esfera física.

La abrumadora noticia te engulló como un agujero negro. Al principio, en estado de shock, no te encontrabas preparada para enfrentarte al cáncer. Sin embargo, tras asimilarlo con ayuda de tus centinelas, aquellos que jamás te soltaron, te diste cuenta de la fortaleza mental que, esta vez, sí poseías.

Los ciclos iban haciendo mella en tu frágil organismo. Podías observar el recorrido de aquel veneno circulando por tus venas a modo de relámpagos en una encapotada noche oscura. Sentías el impacto de los truenos en la totalidad de tus células. Cada día experimentabas nuevas sensaciones, la mayoría desagradables, pero te consolabas pensando que sería transitorio, había que pasarlo y estabas dispuesta a ello.

La sombra de los nubarrones aparecía ocasionalmente, pero tus guardianes tenían la capacidad de generar un vendaval con el vigor suficiente para disiparla con rapidez. Ellos, espectadores atentos, no te dejaron perder el equilibrio cuando el terremoto subió de nivel. Nunca podrán vislumbrar el profundo agradecimiento que les profesas. Las palabras, simplemente, se quedan cortas...

Recuerdas que, durante el segundo ingreso, tras un chaparrón que anegó las calles, emergió un doble arco iris frente a tu ventana. Comprendiste que tu madre esperaba justo ese momento al mirar a través del cristal de su refugio particular. Fue en ese instante cuando descubriste la cátedra que ella te había legado, y la aplicaste a la perfección. Todo empezó a cobrar sentido.

Createste una envoltura hecha a medida para ti, una cubierta que te aislaba del ciclón periódico al que te tenías que enfrentar. Alejada de las precipi-



taciones que penetraban en las raíces de tu ser, allí solo percibías silencio y tranquilidad. Sabías que el temporal sería precisamente eso y, tarde o temprano, finalizaría. Y siguiendo su estela, te armaste de paciencia.

Inventaste un universo repleto de centelleantes estrellas que parpadeaban al ritmo de tu coreografía. Algunas, las más fugaces, te invitaban a soñar. Cada noche mirabas al cielo y pedías el mismo deseo. Siempre aparecía alguna para declararte su propósito; tu sonrisa infinita sombreaba a la luz de Luna.

Al llegar el otoño, con la caída de las hojas, un precioso jardín colmado de flores con brillantes tonalidades brotó en tu cuero cabelludo. Las inundaciones del verano fueron su sustrato y la luz que se colaba en tu guarida, su alimento. Habías vuelto a nacer. El viaje de tu vida acababa de comenzar.

Ahora, en retrospectiva, eres capaz de descifrar la amplia metamorfosis que has experimentado a lo largo de estos años. Aprendiste a aceptar tus sentimientos y mostrarlos sin miedo; a cuidar, pero, sobre todo, a dejarte cuidar; a valorar los pequeños detalles; a dejar de preocuparte por nimiedades; a disfrutar cada momento, incluso cuando chispea; a comprender que la familia está formada por personas que pertenecen a tu mismo árbol genealógico, pero también a otros; a nadar desde la profundidad, emerger y volar alto; a apreciar los aromas y matices que te rodean; ver claridad en la oscuridad; ganar cuando todo está perdido; entender que la vida no te avisa y darte cuenta de la valentía, vitalidad y entereza que atesoras.

Rompiste la crisálida para convertirte en una mariposa con la fuerza suficiente para batir las alas por encima de las nubes, allá donde el Sol no se puede ocultar.